

Domingo 9º. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 2,23-3,6

No se puede negar que seguir a Jesús impone rupturas dolorosas y distanciamientos impensables. Pero no es menos cierto que dio a sus seguidores una sensación de libertad insospechada: libertad de hacer el bien y de cumplir con el precepto de Dios, libertad para ser buenos sin tener que esforzarse en aparentarlo. Los discípulos de Jesús, precisamente por la libertad con que vivían su fidelidad a Dios, daban una imagen que no cuadraba bien con las expectativas de los mejores de sus contemporáneos. Tan libres eran con Dios que molestaban a los hombres 'buenos'.

23Un sábado, atravesaba el Señor un sembrado; mientras andaban, los discípulos iban arrancando espigas. 24Los fariseos le dijeron:

«Oye, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?»

25Él les respondió:

«¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre? 26Entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes presentados, que sólo pueden comer los sacerdotes, y les dio también a sus compañeros.»

27Y añadió:

«El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado.»

31Entró otra vez en la sinagoga, y había allí un hombre con parálisis en un brazo. 2Estaban al acecho, para ver si curaba en sábado y acusarlo. 3Jesús le dijo al que tenía la parálisis:

«Levántate y ponte ahí en medio.»

4Y a ellos les preguntó:

«¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?»

Se quedaron callados. 5Echando en torno una mirada de ira, y dolido de su obstinación, le dijo al hombre:

«Extiende el brazo.»

Lo extendió y quedó restablecido. 6En cuanto salieron de la sinagoga, los fariseos se pusieron a planear con los herodianos el modo de acabar con él.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El texto nos presenta dos episodios diversos que tienen en común acentuar el clima la controversia que rodea a Jesús y haber ocurrido en sábado. La primera escena (Mc 1,23-28) se centra en una sospechosa actuación de los discípulos; la segunda (Mc 3,1-6), en una sorprendente iniciativa de Jesús. La primera sucede a campo abierto, mientras iban de camino; la segunda, en la sinagoga, mientras Jesús enseñaba. Significativo es que, en ambos casos, la polémica se origine por la libertad con que vivían tanto Jesús como sus discípulos: hacer el bien les eximía de 'guardar el sábado'.

En el primer caso, los discípulos no escandalizaban por arrancar espigas mientras caminaban entre las mieses (Dt 23,26), sino por hacerlo en sábado, cuya observancia era rasgo distintivo de la religiosidad judía (Ex 31,15; Nm 15,32-36). Aunque no se mencione, hay que pensar que los discípulos estarían comiendo (Mt 12,1; Lc 6,1) las espigas cosechadas. Jesús defiende, de nuevo, el comportamiento, negligente cuando menos, de los que le siguen, acudiendo a un episodio bíblico que cita sin mucha precisión (1 Sam 21,1-6). Aunque implícita, la argumentación es clara: si David pudo hacerlo, con mayor razón el hijo del hombre. Hay que notar que no estaba en debate su autoridad, sino un comportamiento insólito de sus discípulos!. Jesús apela a su poder, para poder liberar de la crítica a sus discípulos. Y, más relevante aún, añade un principio radical: el sábado, reposo institucional desde los orígenes, fue creado para el hombre, para que imitara a su Creador descansando; no fue el hombre creado para el descanso, sujeto a él de forma absoluta. Esta 'libertad del sábado' sólo puede dar el señor del sábado, esto es, el hijo del hombre.

En la segunda escena Jesús se ve acechado incluso antes de intervenir. Afronta directamente a sus antagonistas, los provoca públicamente, poniendo en el centro de todas las miradas al paralítico y preguntándoles si está permitido salvar en sábado. Jesús se muestra hábil polemista: hace pública la insidia que ocultaban en su interior sus enemigos y les la reformula; ya no es si curará o no al enfermo, sino si, más en general, se puede o no hacer el bien en sábado, salvar o dejar morir. Sin entrar en la cuestión que se ponían sus contrarios, les pregunta si reposar en sábado ha de obligar a dejar morir un enfermo. La exageración es evidente: el paralítico no está en peligro inminente de muerte. Acorralados, callan los críticos. Silenciosos asecharon a Jesús, cuyas preguntas ahora los acallan. La ira de Jesús está motivada no en el silencio, que él les ha impuesto, sino en su obstinación. El reposo del Dios creador se celebra mejor haciendo el bien y salvando.

El episodio no puede acabar peor: el desencuentro es ya frontal. Fariseos y herodianos urden la muerte de quien, por salvar, no encuentra descanso ni siquiera en sábado.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

El sábado, reposo obligado del creyente, está en el centro de la controversia de Jesús con los fariseos y es el marco en el que sucede la curación del paralítico. En ambos casos, Jesús se muestra superior al sábado, una 'institución' divina. El hambre de los discípulos o la curación del enfermo son, para Jesús, más normativas que la obediencia ciega al precepto del descanso sabático: la necesidad del creyente pasa por encima de la necesidad de Dios; satisfacer el hambre o sanar al enfermo son previos a descanso y a la celebración; la obediencia a Dios hay que ponerla al servicio del hombre: ésa es, en el fondo, su finalidad. El sábado del hombre es copia del sábado de Dios: en él tiene su origen y su motivación última; si Dios no descansa para el bien, mientras haya mal o falte el bien, no se falta a Dios trabajando por realizar lo que es bueno para el hombre. Ni siquiera el buen Dios puede ser buena excusa para hacer bien a sus creaturas. Mientras exista el mal no hay verdadero sábado para Dios ni descanso para sus fieles.

Entre nosotros, probablemente, no sea éste el caso. Vivimos hoy los discípulos de Cristo más angustiados por cuanto debemos abandonar que por lo que podemos ganar en el seguimiento de Jesús; nos pesa más la libertad perdida que la liberación recién estrenada. Y andamos por la vida apesadumbrados, tristes, cuando podríamos ser los más felices de entre los hombres y, sin duda, los más libres. El evangelio hoy nos recuerda que Jesús no quería tras de sí personas timoratas y serviles; enseñó a los suyos que debían obediencia a Dios, pero que Dios nos se identificaba siempre con sus leyes. De hecho, para escándalo de cuantos los observaron, ni Jesús ni sus discípulos guardaron siempre el sacrosanto precepto del descanso sabático. Como entonces, tampoco hoy merece seguir a Jesús quien no aprende de él a ser obediente a Dios y libre de cualquier otra servidumbre, por buena que sea.

La observancia del sábado era, en Israel, precepto legal, consecuencia de la elección divina y prueba de fidelidad a ella. Aunque no estaba prescrito cómo, en concreto, debía cumplirse el sábado, el obligado descanso impedía actuaciones normales de la vida diaria e incluso necesarias. El comportamiento de los discípulos era, cuando menos, descuidado. La pregunta, y la extrañeza, de los fariseos es, pues, más que comprensible; y no porque los discípulos de Jesús comieran en el campo de lo que no era suyo, sino porque, limpiando el grano, no respetaban el reposo debido. La respuesta de Jesús, que da por conocido el suceso al que alude, insinúa el motivo de los discípulos: estaban hambrientos. Y recordando un episodio de la vida de David, hace ver que el honor de Dios puede esperar cuando la necesidad del hombre es más urgente.

La lección de Jesús sigue siendo actual: cuando se trata de salvar al prójimo, de su hambre o de su enfermedad, el culto a Dios puede retrasarse; no es Dios celoso ni intransigente con sus fieles que le demoran la debida obediencia, si el aplazamiento se debe únicamente al trabajo que da el ayudar al necesitado. Puesto que Dios no necesita de cuanto le debemos, no insiste en ser servido en primer lugar: cuando hay alguien que precisa de nosotros, no es lógico que invoquemos los derechos de Dios para desentendernos del necesitado. El menosprecio es, sólo aparente, si nos cuidamos de calmar nuestras necesidades más vitales, antes que cuidarnos de Él, que no siente necesidad alguna. La libertad no le resulta ofensiva, si por servir a quien lo precise, posponemos el servicio de Dios.

Jesús nos quiere tan libres que podamos aplazar la satisfacción de nuestros deberes para con Dios, porque hemos preferido dedicarnos a salvar del aprieto a nuestros prójimos. Y puede que sea esa libertad piedra de escándalo; no importa: lo fue cuando Jesús curó al enfermo en sábado o cuando los discípulos comieron en sábado; lo decisivo es que no dejemos nunca a un hermano que nos necesita con la excusa de que necesitamos entretenernos con Dios. La verdadera piedad para con Dios se realiza atendiendo la necesidad del hermano.

Es verdad que, también en el judaísmo, se conocían excepciones a la ley de Dios: podía transgredirse el sábado cuando estuviera en peligro la vida humana o las propias pertenencias. Pero la razón que aduce Jesús es totalmente nueva y, como siempre, revolucionaria: los preceptos de Dios, como la ley del sábado, están al servicio del hombre, su imagen viviente. Hombre y sábado son considerados desde el plan original de Dios: el hombre fue querido, pues fue creado, antes del sábado (cf Gn 1); éste es un don de Dios al hombre; puesto en el mundo para que trabajara la tierra, Dios le dejó libre un día a la semana, imponiéndole el descanso; por eso no puede disponer sobre él, sigue teniendo validez su obligada observancia. Pero por ser don gratuito, no puede convertirse en imposición: se le dió al hombre no para esclavizarlo sino para liberarlo del afán productivo y para posibilitarle el descanso semanal; y, descansando, imitar a su Dios.

Explicando por qué obra con tanta libertad, Jesús se apoya en la intención primera de Dios. Y así enseña a sus discípulos que no basta con cumplir la letra del precepto, que impedía el esfuerzo manual en sábado; para ser realmente obedientes a Dios hay que satisfacer la intención de la ley, lo que pretendía Dios al imponerla; quedarse en lo escrito o ya sabido, no hace más que convertir en siervos a los obedientes; buscar lo que Dios quiere de nosotros en cada caso, sin que su ley sea el último criterio, es vivir como hijos suyos. Ese fue, al menos, la actitud del Hijo de Dios, Jesús, nuestro maestro. Y ahí está la raíz de la libertad cristiana. El cristiano, como Cristo, es aquel que puede dejar de cumplir la ley sin enemistarse con su Dios, que podría incluso retrasar su deuda de obediencia y seguir sintiéndose hijo de Dios; para ser discípulo de Jesús, y por escandaloso que siga pareciendo, hay que ejercitar la libertad que nace de saberse hijo, no siervo.

Decisivo es advertir en dónde apoya Jesús su enseñanza. Su misma argumentación, insólita y arriesgada, hace probable que la sentencia haya salido de su boca: lo que Dios quiso al principio es lo que siempre habrá que respetar; no es que Jesús vaya contra la ley de Dios, es que quiere que Dios sea la única norma de la vida del creyente. El querer primero de Dios es también la norma absoluta hoy, y el criterio de verificación cuando venga su reino: tratará como hijos no a quienes menos le han desobedecido, sino a cuantos más acertaron en el cumplimiento de su voluntad. En un hogar conviven

siervos e hijos: del modo en que obedezcamos a Dios le reconocemos como patrón o como padre; de la libertad con que vivamos la vida cristiana depende ser criados o hijos. Una obediencia que no nos permita ser libres nos haría perder el cariño paterno; Dios no quiere en su casa serviles lacayos, prefiere los hijos, aunque no le sean muy obedientes. Es evidente que semejante libertad, conseguida en el seguimiento de Jesús, pueda resultar insoportable para quienes no la conocen; o que nos la critiquen, sólo por no poder gozar de ella. Jesús salió en defensa de ella y muriendo nos ha hecho posible su ejercicio. No habrá que olvidar que la libertad cristiana tiene un solo límite: los hijos de Dios pierden su derecho a ser libres, siempre que alguien en su entorno les necesita. Y si eso quiere decir que nunca Dios es quien recorta nuestras libertades, pues las fomenta al no negárnoslas, significa también que donde aparezca una necesidad auténticamente humana allí mismo se ha acabado, y mientras esa necesidad dure, nuestra libertad. Quien renuncia a ella por un hermano necesitado, no la sacrifica ni, mucho menos, renuncia a ella, la está ejerciendo como Dios quiere. Y Dios lo está queriendo como a un hijo. ¿A qué más podríamos aspirar?